



Editorial

LAS PUBLICACIONES CIENTÍFICAS Y LA CALIDAD DEL CUIDADO MEDICO

Es primordial conocer que la palabra “medico” proviene del griego “medicus”, que significa “quien cura”, pero que implícitamente incluye a “quien cuida”, “quien sirve”, “quien acompaña”, para que no olvidemos que el norte de nuestra profesión es ayudar a vivir mas y mejor a nuestros semejantes.

La pregunta es como hacemos para conseguir esto. Sin duda lo primordial es conseguir una buena formación medica através de una residencia médica y del ejemplo de maestros o modelos, que nos aporta las herramientas para cumplir este objetivo, principalmente adquisición de conocimientos, competencias, habilidades, destrezas, compromiso, autocrítica, humildad y advertencia de nuestras propias limitaciones y las de nuestra ciencia.

Recordar que el medico si puede cura, lo que ocurre infrecuentemente, pero siempre debe aliviar, acompañar, estar al lado y del lado de la persona enferma, que busca que la ayudemos, no solo para resolver problemas físicos sino también psicológicos y sociales.

En definitiva se nos exige que seamos ante todo humanistas, que nos ocupemos del todo y no tengamos orejeras que nos impidan ver el bosque de los problemas. Estamos aquí para ayudar y no para pasarla bien.

Para ser capaz de conseguir un buen cuidado de la salud, el medico no solo debe adquirir “expertise” en su profesión sino también, conductas, métodos, desarrollar virtudes, sobre todo de la autocrítica y el apego a la verdad y aprender a pensar y actuar.

Uno de las herramientas que nos brinda esta posibilidad es el acceso a las publicaciones médicas y a la discusión bibliográfica, que hoy es posible hacerlo casi desde cualquier lugar del mundo.

No existen argumentos o excusas que justifiquen que un medico no lea críticamente revistas medicas, ya que ellas nos muestran no solo los adelantos diagnósticos y terapéuticos, sin también conductas, lo nuevo y lo que sirve de lo menos nuevo, como acceder a consultas cuando tenemos dudas, que se hace y como en los lugares de avanzada con alta tecnología y nos crea el habito de la lectura, que genera beneficios para el médicos y el paciente, porque nos ayuda a equivocarnos menos y a resolver los errores.

Es verdad también que gran parte de lo que se publica en las revistas científicas es erróneo o irrelevante. Pero es en este espacio donde quien tiene algo que decir y hacer, lo ofrece a la consideración de sus pares. La habilidad que se espera adquieran los lectores es la que les permitirá leer esas publicaciones tomando en cuenta esa característica. Las lecturas ingenuas y el traslado automático de lo publicado a la práctica clínica no sólo resulta peligroso sino que constituye una prueba de ignorancia científica.

El fraude y la corrupción no son temas cuyo origen pueda atribuirse a la ciencia sino a la sociedad de la que formamos parte. La misma en la que usted y yo, igual que miles de científicos, vivimos y cuyas miserias combatimos activamente o toleramos con el silencio cómplice que se escuda detrás de la resignación ante lo inevitable. La ambición desmesurada por el poder y el dinero no desaparecerán del estrecho mundo científico mientras sobrevivan en la cultura que lo contiene.

La productividad como criterio excluyente de la evaluación de los investigadores facilita el perverso sistema conocido como “publicar o perecer”. Son las publicaciones el “producto” que a los científicos les abren o les cierran las puertas del financiamiento mediante becas o subsidios. Esto refuerza la publicación de investigaciones intrascendentes, duplicadas, incluso fraudulentas.

En la medicina se han producido muchos casos en los que la aplicación de un tratamiento ha traído consecuencias indeseables o han resultado ineficaces. Fármacos como talidomida, cerivastatina, mibefradil o rofecoxib son sólo algunos de ellos, si nos limitamos a los tiempos

más cercanos. Pero fueron los sistemas de vigilancia que los mismos investigadores organizaron los que permitieron detectarlos. Fue con más, y no con menos ciencia, que estos errores fueron descubiertos y sus causas suprimidas.

La lectura profunda, reflexiva y crítica de publicaciones en revistas medicas prestigiadas por el nivel de exigencias y de excelencia de sus revisores, nos sirve sin duda no solo para acrecentar nuestro nivel de conocimientos teóricos y prácticos, sin también la de hacer una buena y mejor medicina, ofreciéndole a nuestros pacientes seguridad y un bajo nivel de posibilidades de error.

Sabido es que el que hace medicina se equivoca, el error a veces es inevitable, pero si tratamos de equivocarnos a favor del enfermo, sin duda será un error tolerable y muchas veces, aunque contradictorio, saludable.

Recordar que tratamos personas y no enfermedades y por ende son genéticamente únicas, irrepetibles, individuales y por ello no podemos asegurar los resultados de un tratamiento.

Hay tanto arte como ciencia en el encuentro entre una persona que padece y otra que está dispuesta a ayudarlo. La ciencia se hace en los laboratorios, hospitales, universidades y en condiciones controladas. La medicina se ejerce en el mundo real cargado de incertidumbres, de subjetividad y de influencias múltiples. Es por eso que no puede ofrecer certezas sino probabilidades. Quien garantice un tratamiento miente aunque a casi todos les guste escucharlo.

Mantenernos actualizados y activos intelectualmente, una de cuyas maneras es el acceso a las publicaciones científicas, es nuestra obligación y premisa diaria, que nos otorga parte de las herramientas imprescindibles para cumplir con el propósito mayor de nuestra profesión, que es “ayudar sin dañar”, “ayudar a vivir mejor” y “otorgar no solo mas años sino mas vida a los años”.

Prof. Dr. José Carena

Prof. Titular Medicina Interna. Facultad de Ciencias Médicas. Universidad Nacional de Cuyo. Servicio de Clínica Médica. Hospital Luis Lagomaggiore. Mendoza. Argentina.